

NICOLÁS ORTEGA CANTERO

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid

El modelo de la Geografía francesa y la modernización de la Geografía española (1875-1936)

RESUMEN

Entre 1875 y 1936 la Geografía española vio en la francesa, promovida por la Tercera República, el modelo más apropiado para reformar la enseñanza y renovar la investigación. Se analizan en este artículo las razones de esa valoración, y sus efectos en la modernización de la Geografía española.

RÉSUMÉ

Le modèle de la Géographie française et la modernisation de la Géographie espagnole (1875-1936).- Entre 1875 et 1936, la Géographie française de la Troisième République fut considérée par la Géographie espagnole comme le plus approprié des modèles à suivre à fin de réformer l'enseignement et de renouveler la recherche. Cet article explique les raisons de cette valoration comme modèle et ses effets sur la modernisation de la Géographie espagnole.

ABSTRACT

The model of the French Geography and the modernization of the Spanish Geography (1875-1936).- Between 1875 and 1926, Geographical Spanish groups considered the 3rd Republic's French Geography like the most appropriate model both for the teaching reform and the researching renovation. This paper studies the reasons of that view and its effects on the Spanish Geography modernization.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Historia de la Geografía española, Geografía francesa, Geografía moderna, Torres Campos (Rafael), Dantín Cereceda (Juan).

Histoire de la Géographie espagnole, Géographie française, Géographie moderne, Torres Campos (Rafael), Dantín Cereceda (Juan).

History of Spanish Geography, French Geography, Modern Geography, Torres Campos (Rafael), Dantín Cereceda (Juan).

LA PRIMERA etapa de la introducción de la Geografía moderna en España, previa a la definitiva conformación de un núcleo universitario e investigador con caracteres de escuela, abarca los años comprendidos entre 1875 y 1936, desde el final del sexenio revolucionario hasta el comienzo de la guerra civil. Cabe distinguir, dentro de esos sesenta años, un primer período, el del último cuarto del siglo XIX, predominantemente interesado por los aspectos de la enseñanza de la Geografía, y un segundo período, el del primer tercio del siglo XX, en el que ocupa un lugar destacado el interés por la investigación geográfica. A lo largo de toda esa etapa, desde 1875 hasta 1936, tanto al plantear la reforma de la ense-

ñanza, como al buscar la renovación de la investigación, se vio en Francia, en las iniciativas allí desarrolladas desde 1871, durante la Tercera República, un acabado modelo de lo que convenía hacer para incorporar al panorama español las pautas de la Geografía moderna.

Para precisar la caracterización de esa etapa de la historia de la Geografía española, que se desenvuelve a lo largo del último cuarto del siglo XIX y del primer tercio del XX, y de las conexiones que se mantuvieron entonces con el exterior, resulta interesante considerar las razones que hicieron de Francia un modelo para quienes intentaron introducir y desarrollar en España los puntos de vista de la Geografía moderna. Y, en ese sentido,

conviene tener en cuenta la percepción y la valoración que ofrecieron los círculos geográficos españoles de la trayectoria francesa, señalando los diversos paralelismos que encontraron entre las situaciones de ambos ámbitos, y el juicio favorable que les merecieron los planteamientos que se fueron adoptando en Francia, desde 1871, para lograr la modernización escolar, universitaria e investigadora de la Geografía.

Apoyándose en esas percepciones y valoraciones y en esos paralelismos, tales círculos geográficos llegaron al convencimiento de que, dadas las sensibles proximidades de diversa índole —desde las educativas y culturales, hasta las de signo histórico y político— que decían encontrar entre un caso y otro, eran precisamente los planteamientos franceses, acreditados, además, por los resultados obtenidos, los que resultaban más adecuados para ser aplicados en España. De todo ello dependió que, frente a otras trayectorias geográficas nacionales con prestigio en la etapa aquí considerada, como las de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, se afirmase que era la Geografía francesa la que proporcionaba el ejemplo más cercano y más viable de lo que había que hacer para modernizar la Geografía española.

I

LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA

Durante el primero de los dos períodos indicados, el del último cuarto del siglo XIX, tras el fracaso del sexenio revolucionario, los círculos intelectuales españoles más dinámicos abogaron por la realización de una reforma a fondo, de una *regeneración*, como se decía entonces a menudo, de la situación del país, que debería apoyarse, ante todo, en la modernización de su sistema educativo. La Institución Libre de Enseñanza, fundada en Madrid, en 1876, fue el núcleo que ofreció la expresión más acabada e influyente de esa visión reformista o regeneracionista de signo educativo. Los responsables de la Institución Libre de Enseñanza, situados en el horizonte de la filosofía krausista y del liberalismo político, hicieron de la reforma de la enseñanza la clave para lograr, en términos más amplios, la mejora de la situación general de España. Y, en ese sentido, la modernización de la enseñanza de la Geografía, su acercamiento a las pautas geográficas y pedagógicas de la modernidad europea, ocupó un lugar importante en la amplia renovación educativa promovida por el núcleo institucionista. La Institución Libre de Enseñanza con-

tribuyó así señaladamente a introducir y a desarrollar en España los puntos de vista de la Geografía moderna, prestando especial atención a su dimensión educativa (ORTEGA CANTERO, 1992).

El geógrafo Rafael Torres Campos (1853-1904) desempeñó un papel muy destacado en la labor de renovación de la enseñanza geográfica impulsada por el núcleo institucionista. Colaboró, desde los comienzos, con la Institución Libre de Enseñanza, de la que fue, desde el curso 1879-80, Secretario, y también, en la primera mitad de los años ochenta, Director de excursiones. Fue profesor de Geografía en otros centros (en la Academia de Administración Militar, en la Escuela Normal Central de Maestras, en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer), y participó además muy activamente, desde sus inicios, en la Sociedad Geográfica de Madrid, fundada, como la Institución, en 1876, e interesada asimismo en la modernización de la enseñanza de la Geografía, de la que llegó a ser, en 1896, Secretario general.

Asistió Torres Campos a diversos congresos y exposiciones en el extranjero (a la Exposición Universal de París de 1878, a los Congresos geográficos internacionales de París, en 1889, Berna, en 1891, y Londres, en 1895), y se mantuvo bien informado sobre las tendencias más actualizadas de la enseñanza de la Geografía en otros países europeos. Se sintió especialmente atraído por la trayectoria de la Geografía francesa, en la que encontró el mejor ejemplo de lo que convenía hacer en su propio país. Torres Campos fue no sólo el principal impulsor de la labor llevada a cabo en España, durante el último cuarto del siglo XIX, para introducir, sobre todo en el mundo de la enseñanza, los puntos de vista de la Geografía moderna, sino también quien expuso con más claridad las razones que llevaron a ver en el desenvolvimiento de la Geografía francesa el modelo de ese empeño modernizador.

El razonamiento de Torres Campos parte de afirmar la existencia de una cierta semejanza entre las situaciones históricas inicialmente atravesadas por ambos países. Compartió la opinión de quienes señalaron que la derrota final de Francia en la guerra contra Alemania (1870-1871) se había debido en buena medida a las deficiencias de su sistema educativo. Se dijo, como recordaron André Meynier (1969, 8-9) y Vincent Berdoulay (1981, 50), que había sido el maestro alemán el que había ganado la guerra, y se relacionó, de manera más concreta, la victoria de Alemania con su superioridad en el ámbito del conocimiento geográfico e histórico. La

derrota de Francia habría puesto así de manifiesto una situación de debilidad nacional que dependía directamente de los defectos de su sistema educativo, y, en particular, de los defectos de la enseñanza de carácter geográfico e histórico. De ahí que se viese en la reforma de esas enseñanzas y de ese sistema la clave para mejorar la situación del país, para resolver las debilidades que habían precipitado su derrota frente a Alemania.

«Francia tenía en cierto descuido la enseñanza de nuestra ciencia —escribió, refiriéndose a la Geografía, Torres Campos (1893, 297)—; pero la guerra de 1870 y la invasión del territorio nacional por un ejército cuya precisión extraordinaria de movimientos dependía del hábil manejo de las cartas, le hicieron ver las ventajas de una sólida cultura geográfica, no sólo para las obras de la paz, sino para la defensa y para la guerra. Reconociendo que su antigua indiferencia por estos estudios fue una de las causas de sus desastres, a la reforma ha consagrado grandes esfuerzos, coronados de feliz éxito».

Francia había atravesado una situación de crisis nacional, asociada a las deficiencias de su enseñanza, que se había manifestado con claridad en la guerra contra Alemania, y había emprendido, para salir de ella, una honda renovación de su sistema educativo, prestando gran atención, por su singular importancia, a la enseñanza de la Geografía. Eso era precisamente lo que acerca el caso de Francia al de España, y lo que podía hacer del primero un modelo para el segundo. Porque en España había habido también una situación de crisis nacional, plasmada con nitidez durante el sexenio revolucionario (1868-1874), que concluyó con el fracaso de sus ideas e iniciativas transformadoras y con la restauración final de la monarquía. Al igual que en Francia, se pensó que los defectos del sistema educativo estaban en el origen de esa situación de crisis. Y la respuesta a los problemas planteados y no resueltos debía apoyarse, por tanto, en la mejora del sistema educativo, en la renovación de la enseñanza. Ésa fue la postura que sostuvo la Institución Libre de Enseñanza, y la postura que, dentro de ella, aplicó Torres Campos a la enseñanza de la Geografía. Por eso vio en el caso francés, donde se había llevado a cabo con éxito indiscutible, y partiendo de una situación crítica parecida, un amplio proceso de modernización de la enseñanza de la Geografía, el mejor ejemplo de lo que debía hacerse en España.

En Francia, desde 1871, la Tercera República había seguido un camino de reconstitución nacional apoyado en la reforma del sistema educativo y, dentro de él, de la enseñanza de la Geografía. Ése era precisamente el tipo de camino que proponía seguir, en España, el círculo institucionista y, en su seno, Rafael Torres Campos: la realización de una reforma modernizadora de la ense-

ñanza y, en particular, de la enseñanza de la Geografía que constituyese el fundamento de un amplio proyecto de regeneración nacional. En diversas ocasiones dejó ver Torres Campos el sentido patriótico, de reafirmación de la entidad nacional, que atribuía a la modernización de la enseñanza de la Geografía. El conocimiento geográfico era, para Torres Campos, y para muchos otros reformistas, geógrafos o no, de la época, un factor de vertebración nacional, un medio para valorar el carácter y las posibilidades del propio territorio y para fomentar la conciencia patriótica.

Mejorar la enseñanza de la Geografía era un modo de impulsar, con sólidos fundamentos, la regeneración nacional, y negarse a seguir ese camino reformista era tanto como condenar a España, en palabras del propio Torres Campos (1893, 297), a la «anulación», al «empobrecimiento», a la «decadencia más y más acentuada». Como decía el historiador Rafael Altamira (1904, 366), comentando la obra de Torres Campos, la Geografía ayudaba a distinguir y resolver los «problemas nacionales», y la falta de conocimientos de Geografía de España no hacía sino dificultar la resolución de las «cuestiones de gobierno y economía», y contribuir de ese modo a la «decadencia» nacional. Torres Campos veía en la Geografía, como indicó Aniceto Sela (1902, 103), una «orientación hacia ideales patrióticos», sin los que no era posible, añadía, sacar a España de su «triste estado».

La marcada anglofilia que caracterizó al círculo institucionista en muchos otros aspectos no se mantuvo en sus planteamientos respecto de la reforma de la enseñanza de la Geografía, principalmente inspirados en la experiencia francesa. A pesar de que conoció y apreció las iniciativas que se llevaron a cabo en Alemania e Inglaterra en favor de la enseñanza de la Geografía, Torres Campos entendió siempre, por las razones expuestas, que era la trayectoria de Francia la que resultaba más cercana y más aplicable a la situación española. Elogió, en ese sentido, algunas de las medidas del reformismo educativo de la Tercera República, como los incrementos del presupuesto de instrucción pública, las mejoras introducidas en los sucesivos escalones educativos, o las disposiciones establecidas para renovar la enseñanza de las mujeres, sin olvidarse nunca de indicar lo que podían tener de ejemplares para España (TORRES CAMPOS, 1878, 1881a y 1881b). Y, en términos más concretos, en el dominio particular de la reforma de la enseñanza de la Geografía, Torres Campos dirigió sobre todo su atención hacia las ideas, las propuestas y las realizaciones de Émile Levasseur, a quien valoró,

con razón, como uno de los más destacados artífices de la renovación geográfica emprendida en Francia en los años setenta.

La asistencia de Torres Campos a la Exposición Universal de París de 1878, enviado por la Institución Libre de Enseñanza, que había iniciado sus actividades poco antes, le permitió ponerse en contacto con las novedades allí presentadas en el campo de la enseñanza geográfica —entre ellas, las excursiones escolares, que tanta importancia llegaron a adquirir en el horizonte educativo institucionista (ORTEGA CANTERO, 2001)—, y, además, con los planteamientos promovidos, en ese terreno, por Levasseur. Siguió desde entonces con especial interés las aportaciones del geógrafo francés, en las que vio no sólo un acabado exponente de los criterios y las formas de actuación que estaban orientando la reforma de la enseñanza de la Geografía en Francia, sino también, al tiempo, un conjunto de recomendaciones, de eficacia probada, que podían ser aplicadas a la situación española.

Torres Campos manifestó con gran claridad su penetración con los planteamientos de Levasseur en las páginas que escribió para exponer y comentar la intervención del autor francés en el Congreso geográfico de Londres de 1895, incluidas en la *Memoria* que elaboró sobre esa reunión internacional y, después, en el *Boletín* de la Institución Libre de Enseñanza (TORRES CAMPOS, 1897, 212-246, y 1898, 129-143 y 161-164). El párrafo inicial del texto de Torres Campos, con su elogio de Levasseur y de su papel en la reforma geográfica francesa, y con su llamada de atención sobre la necesidad de seguir en España un camino reformista similar, resulta sumamente elocuente:

«El insigne M. Levasseur, encargado por el Comité de organización de tratar la cuestión de la enseñanza geográfica, hizo un extenso e importante discurso sobre el estado de la misma en su país, de gran valor para apreciar los progresos realizados en Francia durante los últimos años, en virtud del movimiento reformista de que ha sido uno de los más activos agentes el sabio profesor del Colegio de Francia, y, sobre el cual sería bueno que se meditase en España, donde no hemos salido todavía de la incultura en dicha materia y del abandono de su enseñanza, que está reconocido contribuyeron de modo singular a los desastres sufridos por nuestros vecinos en la guerra contra los alemanes» (TORRES CAMPOS, 1897, 212).

En esa misma sesión del Congreso de Londres intervino, tras el anterior, el propio Torres Campos, para hablar de «los viajes escolares como medio importantísimo de educación geográfica», y de los esfuerzos hechos en España, secundando la iniciativa de la Institución Libre de Enseñanza, para extender esa práctica viajera.

«M. Levasseur —añade Torres Campos (1897, 246)— se mostró completamente de acuerdo con lo expuesto». En Levasseur vio Torres Campos la mejor expresión de las directrices que habían orientado, desde los años setenta, la reforma de la enseñanza de la Geografía en Francia. Compartió Torres Campos las concepciones geográficas y pedagógicas y las sugerencias modernizadoras de Levasseur, y contribuyó señaladamente a que unas y otras estuviesen muy presentes en la renovada forma de entender la enseñanza de la Geografía que promovió la Institución Libre de Enseñanza.

El mismo interés por la modernización de la enseñanza de la Geografía preside los comentarios que dedica Torres Campos a otras iniciativas y a otros autores franceses. Del Laboratorio de Geografía de la Universidad de París, en el que colaboraba Marcel Dubois, dijo que ofrecía «un nuevo ejemplo de la enseñanza racional y moderna de la Geografía» (TORRES CAMPOS, 1892, 322). Y en esa dirección se movió también su relación y su colaboración con Paul Vidal de la Blache. Torres Campos conoció a Vidal durante el Congreso geográfico de París de 1889, y colaboró con él después en la edición en español de una colección de mapas murales para uso escolar. Se interesó, sobre todo, en consonancia con sus propias preocupaciones, por las aportaciones de Vidal de la Blache en el ámbito de la enseñanza de la Geografía. Torres Campos (1893, 328, y 1897, 236) consideró, por ejemplo, que el *Curso de Geografía* que escribió con Camena d'Almeida era un «excelente manual», que su *Atlas general* de carácter histórico y geográfico era modélico respecto de «la manera moderna de tratar la Geografía», y que ambos constituían, junto a algunos libros de Dubois, «la última palabra de la geografía pedagógica francesa». En sus últimas notas bibliográficas, Torres Campos (1905, 343-345) habló del *Tableau de la géographie de la France*, destacando su valor intelectual y su modernidad, su carácter «magistral», y señalando también lo que tenía de reflexión sobre las claves geográficas de la nacionalidad francesa, aspectos todos ellos que resultan fundamentales para entender el significado de esa aportación de Vidal de la Blache.

II

LA RENOVACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN GEOGRÁFICA

Al finalizar el siglo XIX, las guerras coloniales y la pérdida final de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en 1898,

volvieron a poner en primer plano, en España, la sensación de crisis nacional, de debilidad y decadencia del país, y se intensificaron, en relación con ello, los propósitos de regeneración o reforma de la situación, que se mantuvieron activos a lo largo del primer tercio del siglo xx. Y algunos, con una óptica similar a la que se aplicó a Francia en los años setenta, cuando fue vencida militarmente por Alemania, vieron en el escaso conocimiento geográfico y cartográfico de los militares españoles una de las causas de esa derrota colonial. No desaparecieron, con el cambio de siglo, ni la crítica a las notorias deficiencias en materia geográfica del sistema educativo español, todavía no corregidas, ni la demanda de soluciones para ese problema.

Las deficiencias en materia geográfica del sistema educativo español que habían denunciado, desde mediados de los años setenta, los círculos reformistas de la Institución Libre de Enseñanza y de la Sociedad Geográfica de Madrid, con Torres Campos en cabeza, no se habían resuelto al terminar el siglo xix. La enseñanza de la Geografía seguía estando muy descuidada en todas las etapas educativas, y sólo algunas iniciativas particulares —como las desarrolladas por la Institución Libre de Enseñanza, o las emprendidas por Torres Campos en la Escuela Normal Central de Maestras— habían promovido su modernización. Pero la atención prestada a la Geografía en la enseñanza pública era, al comenzar el siglo xx, muy escasa. Baste decir, a modo de ejemplo, que la presencia de la Geografía en la Universidad española se limitaba entonces a dos asignaturas meramente complementarias de otros estudios: una «Geografía física», auxiliar de la Geología, en la Facultad de Ciencias, y una «Geografía política y descriptiva», auxiliar de la Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras. Por eso la mejora de la enseñanza de la Geografía siguió siendo, en el primer tercio del siglo xx, hasta la guerra civil, una pretensión importante del reformismo de la época. Algunos núcleos geográficos, en general conectados con los estudios de Magisterio, siguieron centrando en el campo de la enseñanza sus pretensiones modernizadoras. Esa orientación geográfica de signo pedagógico se manifestó con claridad en los planteamientos del geógrafo Ricardo Beltrán y Rózpide (1852-1928) y en su labor como profesor de la Escuela Superior del Magisterio, fundada, con propósito reformista, en 1909 (RODRÍGUEZ ESTEBAN, 1997).

No fue ésa la única orientación modernizadora de los círculos geográficos del primer tercio del siglo xx. Junto a la orientación de signo pedagógico, que en buena medida prolongaba los puntos de vista promovidos

con anterioridad por Torres Campos, hubo otra, de signo investigador, que amplió y enriqueció sensiblemente el horizonte de la modernización de la Geografía española. A esta corriente geográfica, interesada sobre todo en modernizar la investigación, se debieron los planteamientos más innovadores y característicos del período ahora considerado, los años comprendidos entre el cambio de siglo y la guerra civil. La orientación modernizadora de signo investigador estuvo conectada de forma directa con la labor de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, organismo público creado en 1907, entre cuyos fines se contaban el de facilitar, mediante la concesión de becas o pensiones, las salidas al exterior de los estudiosos españoles, para ampliar sus conocimientos, y el de fomentar la investigación en España.

La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, dependiente del Ministerio de Instrucción Pública, estaba inspirada en las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, y respondía a una intención regeneradora y patriótica, de afirmación nacional, muy presente en su propósito de vertebrar una investigación propia, española, encaminada ante todo a lograr un mejor conocimiento y una mejor valoración del propio país. La Junta quería promover la investigación en España, superando momentos anteriores de precariedad y dependencia, y contribuir así a mejorar la situación cultural y científica del país. La Junta procuró, como dijo uno de los responsables de su labor investigadora, el «despertar de la Ciencia española», el surgimiento de «una nueva España, deseosa de laborar en la Ciencia con fe, constancia y entusiasmos» (HERNÁNDEZ-PACHECO, 1918, 112).

El Museo Nacional de Ciencias Naturales, que quedó integrado en la Junta, desempeñó un papel notable en la incorporación de las pautas modernas de la investigación geográfica. En ausencia de una Geografía universitaria que hubiese podido protagonizar, en términos más amplios, esa modernización, fueron los naturalistas del Museo —geólogos, botánicos, zoólogos— los que más interesados se mostraron por el conocimiento y la aplicación de algunos de los puntos de vista de la Geografía física moderna (ORTEGA CANTERO, 1995). Dentro del Museo de Ciencias Naturales, resultó singularmente importante, en ese sentido, la labor desarrollada por su Sección de Geología, dirigida por Eduardo Hernández-Pacheco (1872-1965), catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, donde explicaba Geología y Geografía física. La doble dedicación, geológica y geográfica, de Hernández-Pacheco, muy paten-

te en su obra, influyó sin duda en la orientación de las investigaciones de la Sección del Museo que dirigía, en las que se prestó siempre atención a los planteamientos más actualizados, como los de Davis, de la Geografía física. Se produjo así una estrecha asociación entre ambos ámbitos, el geológico y el geográfico, y ello contribuyó a introducir en España, en la práctica investigadora concreta, las ideas y los enfoques de la Geografía física moderna.

Junto a esa asociación, con lo que suponía de interés hacia los puntos de vista de la Geografía, hay que tener en cuenta otro hecho significativo: algunos de los colaboradores de la Sección de Geología del Museo de Ciencias Naturales llegaron a dedicarse plenamente a la investigación geográfica, anteponiéndola a su inicial orientación geológica. Es lo que sucedió en el caso de Juan Carandell (1893-1937), y, sobre todo, en el de Juan Dantín Cereceda (1881-1943). La trayectoria investigadora de Carandell, catedrático de Historia Natural de Instituto, comenzó en el campo de la Geología, al que pertenece su tesis doctoral sobre *Las calizas cristalinas del Guadarrama*, dirigida por Lucas Fernández Navarro y publicada por el Museo en 1914, se acercó después al de la Geografía física, y terminó en el de la Geografía humana y regional. En este último ámbito realizó, en los años veinte y treinta, estudios que siguieron con bastante fidelidad, como ha señalado Antonio López Ontiveros (1997, 46), las pautas de las monografías regionales promovidas por la escuela geográfica francesa, prestando especial atención a los planteamientos ofrecidos, en esa dirección, por Emmanuel de Martonne (sobre todo en su estudio sobre *La Valachie*, de 1902), autor que, por su orientación predominantemente física, estuvo muy presente en la línea de investigación geográfica conectada con la Sección de Geología del Museo de Ciencias Naturales (GÓMEZ MENDOZA, 2001).

Dantín Cereceda fue el exponente más destacado de la investigación geográfica relacionada, en el primer tercio del siglo XX, con la labor del Museo de Ciencias Naturales. Y fue también el geógrafo que con más claridad habló, en esos años, del carácter modélico que siguió teniendo la Geografía francesa respecto de la modernización de la Geografía española. Catedrático de Instituto, en la materia de Agricultura y Técnica Agrícola e Industrial, Dantín colaboró con Hernández-Pacheco, director de su tesis doctoral, en el Museo de Ciencias Naturales, y esa colaboración contribuyó pronto a conformar su interés por la Geografía física, asociada, como en aquél, a la Geología. A ese primer momento corresponde el *Resumen fisiográfico de la Península Ibérica*, una de sus

obras más importantes, publicada por el Museo en 1912, que ofreció la primera visión moderna de la Geografía física peninsular, y le sirvió también, con ligeras modificaciones, como tesis doctoral.

Viajó luego Dantín Cereceda a Francia, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, entre diciembre de 1913 y julio de 1914, y estuvo en la Universidad de París, donde, entre otras cosas, pudo conocer el funcionamiento de su sección geográfica —clases, laboratorios, seminarios, excursiones—, y estudiar con Vidal de la Blache y con De Martonne, a quien desde entonces consideró su «maestro» (DANTÍN CERECEDA, 1919). Poco después de morir Vidal, en 1918, recordó Dantín Cereceda (1918a) las conversaciones que había mantenido con él durante su estancia en París: «Mucho nos hablaba de Torres Campos, el geógrafo español digno de sus serios elogios». Dantín fue miembro activo de la Real Sociedad Española de Historia Natural y de la Real Sociedad Geográfica —nombre que se dio, en febrero de 1901, a la Sociedad Geográfica de Madrid—, y mantuvo, desde los años veinte, contactos regulares con la Unión Geográfica Internacional, asistiendo a sus Congresos internacionales de El Cairo, en 1925, Cambridge, en 1928, y París, en 1931 (MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, 1986).

La estancia en París, a mediados de los años diez, puso a Dantín Cereceda en contacto directo con una experiencia de modernización de la Geografía que le pareció, además de valiosa, ejemplar para quienes querían hacer algo parecido en España. Se había logrado conformar allí una pujante escuela nacional de Geografía, firmemente apoyada en el desarrollo de un programa investigador propio cuyo eje vertebrador era la monografía regional. Eso era justamente lo que creía Dantín que había que hacer en España. En consonancia con los propósitos generales de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Dantín estaba interesado no sólo en mejorar la enseñanza geográfica, sino en constituir una Geografía española, una escuela nacional de Geografía, y pensaba que la clave para lograrlo se encontraba precisamente en el desarrollo de la propia investigación. Y también ahora, como sucedió en tiempos de Torres Campos, se consideró que el caso francés era el más próximo a la situación española, el que mejor podía actuar como modelo de lo que convenía hacer en España para promover la modernización de la investigación geográfica, el desarrollo de una investigación geográfica propia y actualizada, y la formación, en consecuencia con ello, de una Geografía española moderna.

Dantín prestó atención a las escuelas geográficas configuradas, desde los últimos decenios del siglo XIX, en distintos países —en Francia, en Alemania, en Estados Unidos—, y entendió que ése era el camino que convenía seguir también en el caso de España. Las escuelas nacionales habían puesto en marcha, en el ámbito de la Geografía moderna, un «poderoso movimiento», firmemente apoyado en la investigación, al que, en su opinión, debía sumarse España. Destacó el carácter renovador de ese movimiento, que suponía una «era novísima de la Geografía moderna», y consideró que sus dos rasgos fundamentales eran la orientación naturalista de sus planteamientos y la dirección regional de sus investigaciones. Lo que dice a propósito de «la fecunda escuela norteamericana» es elocuente: le parece «la mejor orientada», por su marcada impronta naturalista y morfológica, y elogia la influencia de Davis, «el sustentador de la escuela norteamericana, y aun estábamos por declararle —escribe Dantín— el creador de la novísima Geografía». De «la escuela alemana», que a Dantín le parecía «cimentada en más sólidos pilares» que la francesa, señaló también su dimensión naturalista y su dedicación a los estudios de signo regional. (DANTÍN CERECEDA, 1915, 289, 294 y 301).

A pesar de su alta valoración de las escuelas geográficas norteamericana y alemana, fue la francesa la que sirvió a Dantín Cereceda como modelo en sus propuestas sobre la modernización de la Geografía española. Y la razón de ello estriba no sólo en su mejor conocimiento del caso francés, facilitado por su estancia en la Universidad de París y su contacto con Vidal de la Blache y, sobre todo, De Martonne, sino también en el hecho de que Dantín captó proximidades y semejanzas entre la Geografía francesa y la española que, como sucedió en tiempos de Torres Campos, le permitieron ver en la trayectoria modernizadora emprendida con éxito por la primera el mejor ejemplo de lo que convenía hacer en el caso de la segunda.

La propuesta modernizadora de Dantín Cereceda puede resumirse del siguiente modo: se trataba de conformar una Geografía española moderna, una escuela geográfica nacional, similar a las de otros países, que, como en éstos, se apoyase en la propia investigación, en el desarrollo propio de una investigación moderna, es decir, naturalista en sus fundamentos y regional en sus intenciones, que permitiese, a la vez, constituir un grupo coherente de geógrafos españoles, que compartiesen ideas y propósitos, y mejorar el conocimiento geográfico de España. Ése era, según Dantín Cereceda, el camino para llegar a constituir una Geografía española mo-

derna, apoyada en la propia investigación, en la gradual formación de investigadores españoles, y dirigida, ante todo, hacia el mejor conocimiento de la realidad geográfica española. A ello se refirió con claridad Dantín Cereceda (1932, 474), por ejemplo, en el prólogo que escribió para un estudio geográfico regional que respondía precisamente a su

«deseo, expresado en reiteradas ocasiones, de completar el conocimiento de nuestro país mediante la cuidadosa labor de futuros geógrafos que realicen investigaciones sobre la geografía regional hispana».

La clave para comenzar a configurar una escuela geográfica española era, según Dantín, incorporar y desarrollar el horizonte, naturalista y regional, de la Geografía moderna, y desechar los planteamientos de otras formas de Geografía, en particular de la Geografía histórica, extendidas entre algunos geógrafos de entonces, que consideraba anacrónicas y retardatarias. Ése era el meollo de su propuesta modernizadora. Había que corregir sustancialmente, por tanto, la situación que, en opinión de Dantín Cereceda (1915, 300), se daba en España, donde sólo algunos naturalistas, como los del Museo de Ciencias Naturales, habían seguido la «nueva vía de la Geografía moderna», mientras que los demás seguían concediendo «las más altas prerrogativas» a la Geografía histórica, contribuyendo así a «mantener la tradición» y a «retrasar el desenvolvimiento de la Geografía moderna, especialmente en su tendencia morfológica».

La defensa de la Geografía moderna es inseparable, en Dantín, de la crítica de la Geografía histórica, en la que ve el más acabado compendio de todos los males que, en el campo del estudio geográfico, hay que combatir. El camino de la configuración de una Geografía española moderna, similar a la que ofrecían las escuelas de otros países, pasaba, según Dantín, por la negación de todo lo que era y representaba la Geografía histórica. Y pasaba también, por supuesto, por acabar con la tradicional supeditación de la Geografía a la Historia, o, en palabras de Dantín Cereceda (1918b), con la consideración de la Geografía como «el escudero de la Historia», que se daba con mucha frecuencia en el panorama geográfico español y, muy especialmente, en el dominio de la enseñanza.

Con tales planteamientos y pretensiones, Dantín encontró en la Geografía francesa un ejemplo cercano y aplicable de cómo había que hacer las cosas. La trayectoria de la Geografía francesa mostraba ciertas proximidades y semejanzas con el caso español que no se daban, desde luego, en las otras escuelas de signo nacional

—la alemana y la norteamericana— consideradas por Dantín. Al igual que había sucedido, años antes, al plantear la modernización de la enseñanza de la Geografía, ahora, cuando se trataba ante todo de conformar una Geografía española moderna, una escuela geográfica nacional, apoyada en la investigación propia, se volvió a encontrar el modelo más adecuado en la Geografía francesa. Porque, a diferencia de lo ocurrido en Alemania y en Estados Unidos, se había dado en Francia, según Dantín, una situación inicial parecida a la española, de predominio de la Geografía histórica, y la trayectoria posterior mostraba cómo se podía salir de esa situación y vertebrar una escuela geográfica moderna. En Francia, en efecto, Vidal de la Blache y sus seguidores se apartaron, como ha señalado Berdoulay (1981, 186-188), de la Geografía histórica, y se opusieron, con éxito, a la superposición de la Geografía a la Historia, y esa forma de actuar interesó especialmente, por lo que tenía de ejemplar para España, a Dantín, que se refirió a ella en más de una ocasión. Hablando de la preponderancia de la Geografía histórica, por ejemplo, decía Dantín Cereceda (1915, 300) que en Francia se había padecido «el mismo defecto» que se padecía en España, y que allí se había logrado superar ese «defecto» mediante el cultivo de la Geografía regional.

La escuela francesa de Geografía constituyó así un acabado modelo para las propuestas modernizadoras de Dantín Cereceda. En ella vio Dantín la prueba de que la conformación de una Geografía española moderna, de una escuela geográfica nacional, debía apoyarse en la modernización sustancial de la investigación, en el desarrollo sistemático de un programa investigador de corte moderno, naturalista y regional, atento sobre todo a la consideración de la región natural, que permitiese, al tiempo, mejorar la labor de los geógrafos y mejorar el conocimiento de la realidad geográfica española. A ese planteamiento respondió, en particular, una de sus obras principales, el *Ensayo acerca de las regiones naturales de España*, publicado en 1922, que mostraba, en su contenido y en sus intenciones programáticas, algunas semejanzas significativas con el *Tableau de la géographie de la France*, publicado por Vidal de la Blache en 1903.

Al igual que Vidal en su *Tableau*, Dantín procuró, en su *Ensayo*, recoger las directrices que debían orientar la investigación geográfica regional, y ofrecer una primera caracterización —un primer cuadro o panorama— de las regiones que constituían el conjunto nacional considerado. El *Tableau*, con su carácter doblemente paradigmático —«paradigma de la identidad nacional francesa» y, al tiempo, «paradigma científico»— fue el fun-

damento y el punto de partida de las investigaciones monográficas regionales que caracterizaron, desde entonces, a la escuela geográfica francesa (ROBIC, dir., 2000, 8). Y algo parecido quiso lograr, con su *Ensayo*, Dantín: delimitar las claves del enfoque geográfico regional y abrir el camino de la investigación monográfica de ese signo en España, que habría de ser, en su opinión, como había ocurrido en Francia, el factor decisivo para modernizar el panorama geográfico español y acercarlo a los planteamientos de las escuelas foráneas más acreditadas. Sin ignorar las diferencias entre ambas obras, ni lo distintas que fueron las influencias que lograron ejercer en sus respectivos —y también diversos— marcos geográficos nacionales, puede decirse que el *Ensayo* de Dantín Cereceda señaló, en el seno de la Geografía española, un momento equiparable al que había señalado casi veinte años antes, dentro de la francesa, el *Tableau* de Vidal de la Blache.

En el *Ensayo* presentó y comenzó a desarrollar Dantín Cereceda el programa de investigación geográfica regional que, en su opinión, permitiría avanzar hacia la consolidación de una Geografía española moderna. A ese tipo de investigación monográfica regional deberían dedicarse, según el autor, los geógrafos españoles, contribuyendo con ello a mejorar el conocimiento geográfico de España. La incorporación del «concepto vivificador de la región natural» a la Geografía española sería, según Dantín Cereceda (1922, XIII-XIV), «causa y ocasión de renovarla hondamente», y con ello se lograría además avanzar en la elaboración de una Geografía de España moderna, «racional y científica». Ésa era la propuesta modernizadora de Dantín Cereceda, directamente inspirada en la trayectoria de la escuela francesa de Geografía. La falta de soporte institucional impidió que esos planteamientos renovadores se pusiesen en práctica en el primer tercio del siglo XX (ORTEGA CANTERO, 1997), pero fueron tenidos en cuenta después, en los años cuarenta, cuando comenzó a formarse efectivamente la escuela española de Geografía (GÓMEZ MENDOZA, 1997).

Los planteamientos de Dantín prolongan de ese modo, con su énfasis en la vertiente investigadora, la opinión sobre el valor modélico de la experiencia geográfica francesa. Durante la etapa comprendida entre 1875 y 1936, a lo largo de los dos períodos —el del último cuarto del siglo XIX, y el del primer tercio del XX— que cabe distinguir en esa etapa, la Geografía francesa fue, en suma, el modelo invocado por algunos de los geógrafos españoles más destacados, como Rafael Torres Campos y, después, Juan Dantín Cereceda, a la hora de

promover la modernización de la Geografía española. Y ello resulta sin duda expresivo, en el terreno concreto de la Geografía, del hecho más general de que España estaba, en esos años, desde el punto de vista educativo,

cultural y aun político, más cerca de Francia que de cualquiera de los otros países (Alemania, Inglaterra, Estados Unidos) que se consideraban entonces geográficamente avanzados.

Una primera versión reducida de este trabajo constituyó una de las partes de la comunicación presentada, junto a Josefina Gómez Mendoza y Jacobo García Álvarez, en el Simposio sobre *Unidad y diversidad del pensamiento geográfico en el mundo*, organizado por la Comisión de Historia del Pensamiento Geo-

gráfico de la Unión Geográfica Internacional (Ciudad de México, julio de 2001), con el título de «Ideas para una historia mundial de la Geografía. La construcción de marcos regionales: la Geografía latina. Estudio selectivo de momentos fuertes en la relación Geografía española-Geografía francesa (siglos XIX y XX)».

B I B L I O G R A F Í A

ALTAMIRA, R. (1904): «Rafael Torres Campos», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVIII, págs. 365-367.

BERDOULAY, V. (1981): *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*, París, CTHS, 245 págs.

DANTÍN CERECEDA, J. (1912): *Resumen fisiográfico de la Península Ibérica*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Trabajos del Museo de Ciencias Naturales, 9), 275 págs.

DANTÍN CERECEDA, J. (1915): «Evolución y concepto actual de la Geografía moderna», *Anales. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, XV, págs. 285-317.

DANTÍN CERECEDA, J. (1918a): «El geógrafo Vidal de la Blache», *El Sol*, 137, 18 abril.

DANTÍN CERECEDA, J. (1918b): «Gallois, L.: P. Vidal de la Blache (1845-1918)», *El Sol*, 207, 27 junio.

DANTÍN CERECEDA, J. (1919): «Los geógrafos y la Conferencia de la Paz», *El Sol*, 582, 10 julio.

DANTÍN CERECEDA, J. (1922): *Ensayo acerca de las regiones naturales de España*, tomo I, Madrid, Museo Pedagógico Nacional, XVI + 386 págs.

DANTÍN CERECEDA, J. (1932): «Prólogo», en SÁNCHEZ GÓMEZ, J. L.: «Estudio geográfico-regional de Valdecorneja y valles superiores del Tormes», *Boletín de la Sociedad Geográfica Nacional*, LXII, págs. 474-475.

GÓMEZ MENDOZA, J. (1997): «La formación de la Escuela Española de Geografía (1940-1952). Instituciones, revistas, congresos y programas», *Ería*, 42, págs. 107-146.

GÓMEZ MENDOZA, J. (2001): «Une référence à distance. Emmanuel de Martonne et l'Espagne», en BAUDELLE, G., OZOUF-MARIGNIER, M.-V. y ROBIC, M.-C., dirs.: *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, PUR, págs. 207-214.

HERNÁNDEZ-PACHECO, E. (1918): «El problema de la investigación científica en España», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLII, págs. 40-43, 75-81 y 107-117.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1997): «Los estudios de geografía humana de Juan Carandell Pericay (1893-1937)», *Ería*, 42, págs. 35-65.

MEYNIER, A. (1969): *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*, París, PUF, 224 págs.

MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, M. (1986): «Juan Dantín Cereceda (1881-1943)», *Geographers. Bibliographical Studies*, 10, págs. 35-40.

ORTEGA CANTERO, N. (1992): «La concepción de la Geografía en la Institución Libre de Enseñanza y en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», en GÓMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N., dirs.: *Naturalismo y Geografía en España (Desde mediados del siglo XIX hasta la guerra civil)*, Madrid, Fundación Banco Exterior, págs. 19-77.

ORTEGA CANTERO, N. (1995): «La Geografía en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1936)», en GÓMEZ MENDOZA, J., LÓPEZ ONTIVEROS, A., MARTÍNEZ DE PISÓN, E., ORTEGA CANTERO, N. y QUIRÓS LINARES, F.: *Geógrafos y naturalistas en la España contemporánea: Estudios de historia de la ciencia natural y geográfica*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, págs. 107-125.

ORTEGA CANTERO, N. (1997): «Juan Dantín Cereceda y la Geografía española», *Ería*, 42, págs. 7-34.

ORTEGA CANTERO, N. (2001): *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Caja Madrid y Raíces, 333 págs.

ROBIC, M.-C., dir. (2000): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, París, CTHS, 299 págs.

RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A. (1997): «La Geografía en la Escuela Superior del Magisterio (1909-1932)», *Ería*, 42, págs. 89-106.

SELA, A. (1902): «Un geógrafo español. D. Rafael Torres Campos», *La España Moderna*, XIV (158), págs. 101-115.

TORRES CAMPOS, R. (1878): «El presupuesto de instrucción pública en Francia», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II, págs. 180-181.

TORRES CAMPOS, R. (1881a): «La enseñanza secundaria de las mujeres», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, V, págs. 17-18.

TORRES CAMPOS, R. (1881b): «Reuniones pedagógicas en París», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, V, págs. 68-70.

TORRES CAMPOS, R. (1892): «La enseñanza superior de la Geografía», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVI, págs. 321-324.

TORRES CAMPOS, R. (1893): «La enseñanza y el material de la Geografía en la Exposición de Berna», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVII, págs. 293-297 y 327-334.

TORRES CAMPOS, R. (1897): *La Geografía en 1895. Memoria sobre el VI Congreso internacional de Ciencias geográficas celebrado en Londres*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 287 págs.

TORRES CAMPOS, R. (1898): «La enseñanza de la Geografía en el Congreso de Londres», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXII, págs. 129-143, 161-169 y 225-229.

TORRES CAMPOS, R. (1905): «Revista de Geografía. Bibliografía y cartografía», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXIX, págs. 340-350.